

SAMUEL A. LILLO

BREVE ANTOLOGIA POETICA

---

EN LA CALETA

EN LA CALETA, al pie de la montaña,  
mientras besa la playa la marea,  
a pleno sol se baña  
un grupo de muchachas de la aldea.

Hienden el agua inquietas y ligeras,  
y la mar juguetona, por instantes,  
muestra indiscreta torsos y caderas  
de cimbradoras curvas incitantes.

Como echada en la arena por la ola,  
la moza más gentil de la ribera  
está apartada, pensativa y sola,  
destrenzada la rubia cabellera.

En su soberbia desnudez de diosa,  
júntanse la azucena y la alborada,  
y la abierta pupila temblorosa  
mirar parece una visión soñada.

De la ola la lluvia cristalina  
turba a veces sus dulces embelesos,  
y el sol, enamorado de la ondina,  
su cuerpo enjuga con ardientes besos.

Y bajan por el aire azul, sereno,  
mensajeras de amor las mariposas

a beber en los lirios de su seno  
que duermen entre pétalos de rosas.

Ofrécenle las algas su frangancia,  
las auras tibias con sus bucles juegan,  
y en ella avivan las febriles ansias  
y las pasiones cálidas que ciegan.

Ella siente, entre púdicos sonrojos,  
dentro de su alma, insólitos ardores,  
y, en tanto cierra lánguida los ojos,  
atormenta sus labios sed de amores.

Su rica sangre juvenil se inflama;  
tumultuoso latido la sofoca,  
despide su mirar celeste llama,  
y el beso del amor juega en su boca.

La hora del calor. Dulce desmaya  
la onda acariciada por la brisa,  
y siguen las muchachas en la playa  
llenando el aire con su alegre risa.

### LA TORRENTERA

BAJO EL ARCO del puente no canta el río:  
lo amordazó el quemante sol del estío:  
en lugar de la onda murmuradora,  
sólo charcas verdosas se ven ahora  
donde beben las garzas por las mañanas,  
y en las tardes su coro cantan las ranas.

Cuando inclina sus mustias ramas el sauce  
sólo toca, en el fondo del viejo cauce,  
entre la quebrajada tierra sedienta,  
los guijarros dormidos que el sol calienta.

Son los blancos rodados que, alegremente,  
en invierno, bajaron con el torrente  
y se quedaron presos en el verano.  
Y allí están en el fango seco, del llano,  
aguardando una nueva lluvia invernal  
para seguir rodando rumbo hacia el mar.

Y cada vez que cruza por sobre el puente,  
asordando los aires, un tren rugiente,  
la torrentera inquieta ya se imagina  
que es el humo una nube que se avecina.

Mas el monstruo, bramando, pasa y se aleja  
y en el yermo abrasado sus chispas deja,  
que van cayendo ardientes en la pequeña,  
ilusa caravana que siempre sueña  
con la helada caricia de un aguacero  
bajo los implacables soles de enero.

### PAISAJE DE ESTIO

A MIS PLANTAS, ya sereno, ya bravío,  
entre altísimos ribazos pasa el río,  
y se pierde en las campiñas,  
culebreando por sembrados y por viñas.

Es la hora de la siesta: en los jarales  
dan su alerta los zorzales;  
y en los olmos de la cumbre,  
las torcazas, su tristísima quejumbre.

A la sombra de los sauces de la vega,  
se ha dormido la cuadrilla de la siega,  
junto al grupo de los bueyes rumiadores,  
compañeros de fatigas y sudores.

Turba a veces el silencio el repentino  
galopar de algún caballo en el camino,

o alguna áspera carreta gavillera  
que atraviesa la caldeada sementera.

¡Cuán hermoso es el paisaje!  
El trigal con su áureo oleaje,  
el murmullo de la fuente sonadora,  
el perfume de la flor que el sol colora,  
las caricias de los vientos refrescantes,  
el aroma de los tréboles distantes,  
los rebaños en las lomas,  
y en los aires, las bandadas de palomas,  
impresionan de tal modo, que parece  
que en el fondo de las almas reverdece  
el bosque, que los fieros desengaños  
marchitaron con el frío de los años.

Y al hallarme en aquel sitio, me imagino  
detenido en un remanso cristalino,  
contemplando indiferente  
a los otros que se van con la corriente.

### EL ROCE

SELVA de mi patria amada,  
bajo cuya amplia enramada  
tantas veces me dormí,  
tras la quietud y el descanso  
que me brindó tu remanso,  
otra vez vuelvo hacia ti.

¿En dónde están la verdura,  
las sombras y la frescura  
de tu encantado vergel?  
Lo saben las ígneas rachas  
y los filos de las hachas  
que te golpearon ayer.

¡Oh! bosque de la frontera  
que bordabas la ribera  
del legendario Imperial,  
bosque amigo, ya no subes  
a besar las blancas nubes  
con tu cúpula triunfal.

Y tú, rey de la montaña,  
¡oh! río, viste sin saña  
tu selva desaparecer,  
sin desbordar tus corrientes  
sobre las llamas ardientes  
que te abrazaban los pies.

Y hoy, de nuevo, en lontananza.  
el roce surge y avanza  
sobre el último torreón  
que le opone todavía  
la salvaje serranía,  
donde nunca penetró.

¿Quién su cólera domina,  
cuando sube la colina  
en chispeadora espiral,  
o baja por la pendiente  
como una avenida hirviente  
que salta sobre el jaral?

Corre con loca presteza  
sobre el musgo y la maleza  
y estalla en el matorral,  
incendiando los breñales  
y los rojos copihuales  
con sonoro crepitar.

En vano, en el bosque umbrío,  
quiere oponerse a su brío  
el espeso robledal

con las soberbias murallas  
de sus troncos y sus vallas  
de quilas y de zarzal.

El monstruo llega y devora  
la quila y la trepadora  
que sus redes le tendió;  
y luego alza formidables  
sus cien lenguas insaciables  
hacia la alta ramazón.

Y sus vivas llamaradas,  
como serpientes airadas,  
subiendo a los troncos van,  
y al llegar arriba, presto  
cambian cada roble enhiesto  
en un rojo luminar.

Salta del hondo bosque,  
erizado su pelaje  
de miedo y cólera, un león  
que, dando roncós bufidos  
entre los troncos prendidos  
pasa como una visión.

Bambolean los colosos  
del monte a los ardorosos  
golpes al ígneo turbión;  
los más viejos van cayendo  
llenando el bosque de estruendo,  
cual si pasara un ciclón.

Torbellinos de humo denso  
que semejan el inmenso  
resoplido de un volcán  
que bosteza hacia la altura,  
van marcando en la espesura  
la caída de un titán.

Cuando al fin se extingue el fuego,  
indiferente, el labriego  
mira el muerto robledal,  
que, con sus troncos quemados,  
cual negros brazos crispados,  
parece al cielo clamar.

Las aves, sin el amigo  
que les dio sombra y abrigo,  
se van para no volver:  
y no hay sobre el yermo ardiente  
ni un zorzal ni una doliente  
torcaza de rojos pies.

Y allá abajo, en la quebrada  
desnuda y abandonada,  
bajo el sol canicular,  
agotada ya su vena,  
sobre la cálida arena  
muere el claro manantial.

## EL PEHUEN

*A Fernando Santiván*

CON SU TRONCAL erecto, con su perfil huracán,  
símbolo de una raza que va a morir como él,  
sobre las altas cumbres del viejo Nahuelbuta  
levanta todavía su coronada sien.

Una actitud de reto finge su porte altivo,  
mueve su grave testa viento de rebelión,  
y se abren sus cien brazos de gigante como una  
silenciosa protesta contra el huinca invasor.

Al verlo se comprende que sobre la montaña,  
cual guarda de la raza, lo colocara Dios:  
por eso le dio un tronco tan hirsuto y tan bravo  
y armó sus recios ganchos con uñas de león.

Por eso todavía parecen por las tardes,  
ante la vieja raza que duerme en el boscal,  
sus rígidos ramajes, panoplias de venablos  
teñidos con la sangre del gran Caupolicán.

Y al llegar el otoño, semejante a un cacique  
que provee a la tribu para el tiempo invernal,  
entreabre los estuches y el rojo fruto cae  
en rítmicos chubascos al pie del piñonar.

Lo recogen de día las hembras resignadas  
para llevarlo al rancho del toqui, su señor,  
y lo buscan ansiosos, golpeados por el hambre,  
a la luz de la luna, la raposa y el león.

Mas cuando llegar siente los pasos de los huincas  
y el hierro de las hachas mira brillar al sol,  
se recoge en sí mismo, como una bestia esquiva  
y envuélvese en sus piñas, como erizo, el piñón.

El sabe ya su suerte: la misma de la raza  
que han derribado al golpe del alcohol y el puñal  
por quitarle la herencia que sus heroicos toquis,  
al morir, le legaron con su hazaña inmortal.

Y mañana, tumbado por el amo insaciable  
que por robar sus frutos lo matará también,  
junto con las postreras familias araucanas  
caerá en las montañas el último Pehuén.